

GUILLERMO ROSELLÓ-BORDOY

ASPECTOS ECONÓMICOS DE LA CULTURA TALAYÓTICA MALLORQUINA

El talaiot mallorquín ha pasado a ser el símbolo de toda la prehistoria insular. Sus características monumentales y la perduración en la isla de las gentes que los levantaron —base étnica del pueblo mallorquín— han hecho posible este fenómeno de supervaloración de una facies cultural que, aun siendo la fundamental, no es la única, ni la primera.

El talaiot, como índice de esta facies cultural, es un monumento típico de Menorca y Mallorca, aunque en cada isla se ha desarrollado con características propias, casi evoluciones paralelas con una clara matización diferencial en sus respectivos ambientes. Su origen debemos rastrearlo en Oriente, cuna de este ciclopeísmo mediterráneo, rebrote tardío del megalitismo dolménico, que lentamente fue invadiendo todas las islas del Mediterráneo occidental, dejando su impronta en ellas de modo que su evolución siga las directrices propias de cada ambiente. Así podemos buscar paralelos y analogías en Malta, Pantellaria, Apulia, Cerdeña y Córcega, soluciones técnicas y arquitectónicas que nacen de los *tholoi* micénicos, con detalles propios que permiten individualizar los monumentos de un modo muy especial.

En Mallorca la técnica ciclópea llega hacia finales del segundo milenio. La isla vivía ya una cultura oriental, de las cuevas artificiales, y la nueva oleada supondría una coexistencia pacífica entre unos y otros, hasta que la expansión de la idea talayótica, paulatina, pero intensa, impondría un cambio radical en la cultura, hasta el punto de suplantar las antiguas manifestaciones.

Dentro de la oscuridad que reina en este período, las investigaciones que desde 1915¹ se han ido sucediendo en la isla permiten proyectar alguna luz en torno a la problemática talayótica. En líneas generales hay que

¹ COLOMINAS, 1920.

considerar la aparición de las primeras manifestaciones talayóticas alrededor del año 1300-1200 antes de Jesucristo². La cultura, con sus fases de apogeo y decadencia, perdurará hasta avanzado el imperio romano, y aún algunos poblados seguirán ocupados en la Edad Media³. Una progresiva decadencia técnica en los sistemas constructivos (patente en Ses Païsses), muestra la degeneración de la capacidad constructiva del hombre mallorquín⁴.

En el momento en que el Mediterráneo occidental se convierte en lago púnico, la cultura talayótica entra dentro de la órbita económica de Cartago. Pese a su independencia vemos cómo el comercio transforma el marco económico del país. Esto ocurre allá por el siglo VIII-VII antes de Jesucristo, y hasta la dominación romana sigue la trayectoria normal de los países mediterráneos. Sin embargo, la economía talayótica en tal período de iniciación y el momento de apogeo de la cultura es un aspecto de difícil estudio, pues las fuentes clásicas no tratan la cuestión.

Hay, pues, que tratar de sistematizar los aportes y datos proporcionados por las excavaciones, a fin de intentar estructurar con ellos el marco económico del momento histórico a que nos referimos.

En primer lugar debo advertir que este intento se reduce al marco ambiental mallorquín, pues existiendo en Menorca una cultura análoga, ésta posee matices propios que la distinguen de Mallorca, hasta el punto que fuera conveniente estudiar la posibilidad de individualizar las manifestaciones talayóticas en Menorca y Mallorca, como se ha venido haciendo con las de Córcega y Cerdeña y las de Gozzo y Malta. La insularidad proporciona elementos de separación suficientes para esta distinción.

El marco cultural mallorquín se estructura en torno a unas constantes histórico-geográficas que informan su desarrollo económico. Estas constantes, que han hecho de Mallorca un fenómeno económico en la actualidad, actuaron de una manera mucho más intensa en la antigüedad. Son, en síntesis, su posición en el Mediterráneo occidental, su clima —que actúa de modo singular en los recursos económicos— y sus posibilidades de relación con otros países.

El fenómeno insular induce a un fuerte conservadurismo técnico y ambiental. La llegada a Mallorca de unas técnicas constructivas sometidas a un aislamiento hizo posible la perduración de los modelos primitivos con una constante repetición de modelos. Así vemos que la tipología se reduce a un escaso número de especímenes: Talaiot circular, talaiot cuadrado con corredor de reducidas proporciones, o con corredores de altura normal; navetas de cámara abierta, túmulos escalonados de utilización desconocida,

² LILLIU, 1960.

³ CAMPS, 1960.

⁴ LILLIU, 1959.

poblados amurallados y recintos fortificados. Las únicas diferencias se observan en la estructura técnica: Muros de hiladas paralelas, muros de bloques poligonales, murallas ortostáticas, murallas de bloques verticales y, ya en franca decadencia, los muros de mampostería en seco, que han perdurado desde los últimos momentos del mundo talayótico hasta la fecha.

Un ejemplo de este conservadurismo técnico lo tenemos en Son Real con la reproducción a escala reducida de los especímenes constructivos fundamentales⁵; o en la decadencia técnica que se puede estudiar en los muros de Ses Païsses, que nos muestran una progresiva rusticidad a medida que nos aproximamos a la romanización. El carácter insular ha conseguido esta perduración, que alcanza sus límites en el conjunto monumental de Es Clot dès Guix (en la cercana isla de Cabrera), donde observamos unas construcciones de mampostería en seco de tradición talayótica, en una fecha tan avanzada como el siglo IV-V después de Jesucristo. Algo análogo puede comprobarse en Menorca con el frente ciclópeo de la basílica paleocristiana de Son Bou⁶.

Desde otro punto de vista, la posición de la isla de Mallorca en el Mediterráneo occidental actuaba en la antigüedad en un doble sentido, el más importante: El de eslabón en la cadena de islas que desde Oriente marcaban la navegación de cabotaje, o de bajura, en términos actuales, hacia Iberia, o sea, la famosa ruta en "- oussa", conocida documentalmente a partir del siglo VII, pero que debía de estar en plena actividad desde mucho antes. Es el medio que explicaba la llegada a Mallorca de las cuevas artificiales pretalayóticas y del mismo talaiot. En segundo lugar podemos constatar su valor de centro o nudo del torbellino de influencias que azotan esta zona mediterránea. Mallorca se convierte en el crisol o receptáculo de influencias culturales. Este aspecto se manifiesta más en la etapa final de la cultura, o sea, en la época posttalayótica.

Los recursos económicos que la geografía insular podía ofrecer al hombre talayótico son, en el estado actual de la cuestión, simples utopías. El clima es de esperar que no se diferenciara mucho del de nuestros días; ayudaría, por lo tanto, al desarrollo de una vegetación mediterránea, pero el bosque, pinos, encinas, con toda seguridad ocupaba una mayor extensión, pues la deforestación es fenómeno más reciente. En la actualidad la zona de mayor concentración talayótica se halla en Lluchmajor, que precisamente es la parte más estéril del término municipal; esterilidad manifiesta en la agricultura y absoluta falta de bosque. Precisamente la improductividad de la comarca ha sido el motivo de la conservación de los monumentos que tratamos. Ahora bien, no se explica que en iguales condiciones de esterilidad los poblados prehistóricos se establecieran en esa zona.

⁵ TARRADELL, 1962.

⁶ SEGUÍ, 1952.

Forzosamente su sistema de economía, basado en la ganadería, tuvo que tener bastante importancia en aquellos conjuntos humanos. Las excavaciones, además, dentro de su pobreza, han dejado vislumbrar la existencia de ganado lanar y cabrío, junto con el porcino, mientras que el ganado mayor aparece en muy escasa cantidad, siendo curioso destacar que en dos navetas han aparecido restos de équidos. En Can Roig Nou, por su tamaño, posiblemente se trata de un asno.

Queda finalmente por esbozar brevemente el último aspecto, o sea, las posibilidades de relación entre el mallorquín prehistórico y los países cercanos. Sin duda alguna, el hombre talayótico conocía la navegación, pues intencionada o casualmente el mar tuvo que servirle de camino para establecerse en la isla; pero hasta el momento el hombre talayótico parece alejado del mar y sus problemas. El poblado de S'Illot (San Lorenzo) es por ahora el único que podrá revelar este secreto. A lo largo de la cultura podemos señalar también este doble aspecto ya apuntado. Durante los primeros tiempos de desarrollo y apogeo, la pobreza de la isla, su ajuar cerámico de una gran rigidez de formas, su escaso material metálico, muestran un relativo aislamiento. La cultura aceptada en Mallorca vive de su misma vitalidad importada, subsistiendo gracias a los recursos de la isla. Cuando Cartago consigue la hegemonía, el panorama cambia radicalmente. Supone una decadencia técnica, pero el hombre posee más riquezas, dentro de su pobreza. Se nota un viraje muy significativo: La cerámica evoluciona, su cuadro de formas se enriquece, alcanzando su decoración aspectos muy sugestivos; el metal prolifera, y los utensilios de bronce y de hierro se hacen frecuentes. Además, el comercio introduce las nuevas mercancías o baratijas púnicas, que alcanzan un gran desarrollo.

La marcha de los mercenarios y el impacto de la cultura italogriega ampliará el cuadro de relaciones culturales y económicas hasta el máximo. Una muestra tardía de este afán renovador la tenemos en la romanización económica de Mallorca, bastante después de la conquista de Metelo. Romanización que no implica abandono de las técnicas constructivas, pero sí la imitación bárbara de los modelos cerámicos importados. Con este fenómeno se puede afirmar que se esfuma definitivamente la cultura talayótica mallorquina propiamente dicha.

Queda, por fin, por estudiar, los escasos restos que conservamos de esta cultura y que dan, en grado mayor o menor, alguna luz sobre los aspectos económicos isleños.

El conocimiento de la economía mallorquina en época talayótica es posible gracias a dos fuentes de información: La excavación y las fuentes escritas. Estos dos elementos permiten aclarar suficientemente el proceso económico durante la última fase de la cultura, es decir, a partir de lo post-talayótico; sin embargo, las fases de iniciación y apogeo de la cultura en

Mallorca apenas ha tenido reflejo alguno en las fuentes escritas; por lo tanto, nos quedamos con un sólo medio de información.

La economía insular, en el transcurrir de la época talayótica, fue presidiada por el signo de la pobreza, contrastando extraordinariamente la monumentalidad de ciertos talaiots —que forzosamente tuvieron que ser levantados a base del esfuerzo común de una tribu o de varias— con la pobreza extremada de sus ajuares.

Los sistemas constructivos suponen una organización eficiente y unos elementos técnicos bien desarrollados, pues los problemas que se presentan no son sólo los de mantener en equilibrio las construcciones, sino los de extracción de materiales, acarreo de los mismos —a veces desde grandes distancias—, corte de los bloques y, por fin, la construcción y techamiento de los monumentos. Pese a la innegable maestría de sus artífices, se observa a través de ciertas evoluciones la imposibilidad de resolver, con los materiales empleados, grandes dificultades constructivas. La maciza columna central y los robustos muros del monumento suponen un esfuerzo realmente desmesurado para obtener una pequeña cámara de proporciones muy reducidas.

El desarrollo técnico se aprecia también en un rudimentario sistema industrial, aunque este calificativo puede ser excesivamente ambicioso. Sin embargo, el hombre talayótico construye sus propios utensilios y lo hace de acuerdo con unos patrones uniformes, ya que los ajuares cerámicos y metálicos son los mismos en la montaña que en el llano.

La cerámica talayótica no es más que una evolución de la cerámica de las cuevas. Sus formas se agrandan y, por lo tanto, se robustecen; las bases se tornan planas y aparecen las asas macizas de muñón, nuevas en el panorama cultural mallorquín.

Las técnicas de utilización de metales se reducen a la fundición del cobre y del bronce. Los pequeños punzones y puñales triangulares de la cultura anterior dan paso a las espadas de pomo macizo y a las hachas planas de filo semilunar. Poseemos restos de moldes de fundición hallados en Can Roig Nou. Colominas encontró otros, hoy en el Museo de Barcelona, y Enseñat, en su colección, conserva otro ejemplar.

El trenzado del palmito (*Camaerops humilis*) o palmera enana, característica de la isla, era conocido, como lo prueban los hallazgos de Son Serralta.

En cambio, la técnica del hueso sufre una recesión importante. Sus manifestaciones se reducen a simples punzones aguzados y endurecidos al fuego, perdiéndose el recuerdo de los frecuentes botones con perforación en V, tan característicos de las cuevas pretalayóticas.

El problema de la agricultura talayótica carece de planteamiento por el momento. Amorós en sus excavaciones ha encontrado restos de granos

carbonizados, único indicio de un cierto desarrollo agrícola⁷. Es preciso pensar que la sociedad talayótica, con su organización tribal y sus núcleos urbanos, vivió en una etapa de civilización en la cual la agricultura era sobradamente conocida. No se explica, además, que los poblados, de unos trescientos habitantes, aproximadamente, vivieran única y exclusivamente de la caza y de la recolección de frutos silvestres. Las fuentes clásicas, que describen el estado de cosas propio de una etapa talayótica avanzada, más bien decadente, afirman que el suelo de nuestra isla era bueno y productivo, aunque careciéndose de algunos productos como el vino y el aceite, muy apreciados en estas islas hermanas. La carencia de aceite de oliva se suplía con la extracción del jugo del lentisco o acebuche, arbusto característico del paisaje talayótico actual.

La existencia en las estaciones de la época, de morteros y molinos de mano, da una prueba de su frecuente empleo.

Los problemas agrícolas que Tímeo describió sufrieron una modificación radical con la romanización, hasta el punto que la llegada de las legiones impuso una revolución económica basada precisamente en la agricultura, como se desprende de las citas de Strabon y Plinio.

Convienes, pues, pensar que en el apogeo talayótico la agricultura era una fuente de riqueza de escasa importancia; sin embargo, la dispersión del habitat prehistórico nos demuestra que la vida mallorquina en la antigüedad fue eminentemente rural. El extraordinario número de poblados talayóticos que se conservan en la isla, situados en los más diversos puntos de la misma, indica que el indígena no prefería un determinado tipo de cultivo. Así encontramos poblados en zonas llanas, fértiles hoy día en cereales, como Manacor y Felanitx; otros en terrenos montañosos, como los núcleos del valle de Puigpuñent, Valldemosa y Esporlas; en zonas insalubres, pantanosas, como Biniatría, en la albufera de Alcudia, y Son Oms, en Palma de Mallorca, y a la vera del mar, como en S'illot, de San Lorenzo de Descardazar. La zona marítima del este de la isla, especialmente Lluchmayor y Campos del Puerto, tierras en nuestros días poco productivas, de un modo especial la primera, dan una visión clara de una difusión tal de los núcleos rurales de habitación, que resulta admirable.

No se puede hablar de una comarca más poblada que otra, ya que en la actualidad, después de varios siglos de destrucción sistemática de las construcciones prehistóricas, vemos que en la parte llana mallorquina, las zonas más fértiles y cultivadas, en ellas escasean los restos prehistóricos. No se puede explicar este fenómeno creyendo que en la antigüedad estas zonas fueran estériles, sino más bien que por su fertilidad el campesino medieval fue eliminando los restos de poblados y habitaciones para dedicar una mayor superficie de tierras al cultivo.

⁷ AMORÓS, 1952.

El ejemplo de Lluchmayor, la zona mejor conservada de la isla en este aspecto prehistórico, con abundantes núcleos a escasa distancia unos de otros, hace pensar en un tipo de cultivo intensivo que agotara o esquilmará las tierras, faltas de abonos, y obligara a un abandono periódico de ellas para desplazarse a zonas no agotadas. Este sistema propio de pueblos primitivos pudo más bien darse en la isla, pero no se han hecho estudios sistemáticos sobre el particular.

El comercio, o, mejor, el impacto comercial que los pueblos vecinos pudieran producir en el ámbito insular, queda de manifiesto en la propia cultura talayótica, importada totalmente. Se manifiesta también en este apartado la doble fase que hemos estudiado antes; durante la época talayótica propiamente dicha los restos materiales que prueban el intercambio económico cultural son muy escasos, siendo, en cambio, a partir de la aparición de los cartagineses cuando Mallorca pasa a entrar en la órbita comercial de la época.

En este momento, el comercio —ya rastreado hacia el siglo IX y VIII antes de Jesucristo, gracias a la red de topónimos en “-oussa”— debió de ejercer gran influencia en el desarrollo de las colectividades mallorquinas. Este aspecto será mejor conocido cuando las excavaciones, debidamente sistematizadas, puedan darnos detalles más concretos. De todos modos, la importancia de las Baleares en el campo militar fue extraordinaria, no solamente por el contingente humano, que dio tropas de vanguardia excelentes, sino a la vez por la naturaleza de sus costas, que, en el transcurso de toda la antigüedad, presentaron un gran aliciente a piratas y escuadras que navegaban por el Mediterráneo occidental, hasta el punto de que la verdadera decadencia balear, intuida a través del silencio de los historiadores, se inició contemporáneamente a la paz romana, por cuanto, pacificado el Mediterráneo, comienza una larga etapa de paz y oscuridad.

Un factor esencial en la modificación de las estructuras económicas de Mallorca queda patente en la importancia del mallorquín como elemento bélico de vanguardia. La economía mallorquina en época talayótica y prerromana era deficitaria; por lo tanto, los indígenas, en un estado de pobreza extrema, se vieron obligados a enrolarse en los cuadros del ejército cartaginés. Este fenómeno puede coincidir muy bien con la etapa de abandono de los poblados presentada por Colominas y constatada en Ses Païsses por Lilliu⁸. Este hecho marca de un modo claro el final de la cultura talayótica propiamente dicha. La etapa siguiente, la reocupación de los poblados, pudo muy bien hacerse con gentes distintas, como se puede estudiar en la reocupación del conjunto funerario de Son Oms, gentes de la misma raza seguramente, pero desconocedores de las costumbres de sus antecesores.

En resumen, el panorama económico de la cultura talayótica sigue siendo

⁸ LILLIU, 1959.

uno de los problemas de más difícil solución. Los aportes de la arqueología, junto con el panorama incompleto expuesto en las fuentes clásicas, ponen de manifiesto una serie de colectividades humanas bajo una organización tribal, agrupada en torno a unos recintos amurallados (época de incertidumbre), con una rudimentaria agricultura de tipo exhaustivo (?), hasta llegar al agotamiento de los campos, ganadería para el propio consumo de la tribu, y una rudimentaria industria, con límites tribales también, para uso propio, que sigue unas directrices generales para toda la isla, perceptibles en la identidad tipológica de cerámicas y bronces. Durante este período talayótico puro, es decir, desde la introducción de la cultura hasta el siglo VII antes de Jesucristo, el influjo comercial puede considerarse nulo; carecemos de elementos probatorios, pero existe una base de tipo general que obliga a pensar que Mallorca, por su situación geográfica, no se mantuvo alejada de las corrientes comerciales.

El período de reocupación de los talaiots, que denominamos cultura posttalayótica, conocida merced a las fuentes y por la arqueología, se nos presenta bajo un doble aspecto: Pobreza extrema, decadencia económica y barbarie, desde el punto de vista de los autores greco-latinos. Es la visión de un pueblo culto y refinado, para el cual Mallorca es una tierra salvaje. La arqueología, en cambio, nos da a conocer una gran variedad de elementos que prueban la relación que ha mantenido la isla con los centros comerciales y culturales mediterráneos y, en múltiples matices, una lenta evolución cultural que tiende a aceptar las directrices del helenismo primero y la romanización después, mucho antes de ser conquistada nuestra isla por Cecilio Metelo.

BIBLIOGRAFIA

- AMORÓS, L. R.: *La edad del bronce en Mallorca*. Palma, 1952, 16 páginas.
- COLOMINAS ROCA, J.: *L'edat del bronze a Mallorca*. Cfr.: «A. I. E. C.» (1915-1920), pp. 555 y sigs.
- CAMPS COLL, J.: *Cerámicas de tipología indígena halladas en Cabrera y Conejera*. Cfr.: «B. S. A. L.», 31 (1960), pp. 657-662.
- LILLIU, Giovanni: *Primi scavi del villaggio talaiotico de Ses Paisses (Artá-Maiorca)*. Cfr.: «Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia e di Magistero dell' Università di Cagliari», 27 (1959), pp. 33 y sigs.
- SEGUF, P. Gabriel: *La Basílica paleocristiana de Son Bou, en Menorca*. Cfr.: «B. S. A. L.», 30 (1947-1952), pp. 687-707.
- TARRADELL, Miquel: *Prehistoria i antiguitat*, en «Historia dels catalans». Vol. I. Barcelona.